

DOCUMENTACIÓN

Después de escrito este capítulo, llegó a mis manos la obra del abate Brasseur de Bourbourg, intitulada "Voyage sur l'Isthme de Tehuantepec, dans l'Etat de Chiapas et la République de Guatemala, executé dans les années, 1859 et 1860," y en cuyo capítulo VII, página 154 y siguientes, refiere los pormenores de su visita a Tehuantepec cuando yo estaba en aquella ciudad como Jefe Político y Comandante militar del Distrito, y la impresión que le causaron sus entrevistas conmigo.

OPINION DEL ABATE BRASSAUR DE BOURGBOURG SOBRE EL GENERAL DIAZ

Del Libro titulado "Voyage sur l'Isthme de Tehuantepec dans l'Etat de Chiapas et la République de Guatemala executé dans les années, 1859 et 1860 par M. l'Abbé Brasseur de Bourbourg. —Paris.—Arthus Bertrand, Editeur.—Libraire de la Societé de Geographie.—21. Rue Hautefeuille 1861.—Paginas 150-157.

Los criollos y los que se imaginan que lo son, son por de recho los sostenedores de Miramón. Llaman a éstos en Tehuantepec "Los Patricios", que son los mismos que se arrojan la defensa de los fueros eclesiásticos y los bienes de la Iglesia. Creo, sin embargo, haber dicho lo bastante para de mostrar que en esa lucha sangrienta no se trata realmente de la religión católica, sino de los restos de la dominación española. En el Estado de Oaxaca, hasta los sacerdotes han tomado las armas y se baten, por una u otra causa, según el color más o menos oscuro de su epidermis. En la misma ciudad de Tehuantepec, el Prior del Convento de Santo Domingo, Fray Mauricio López, único fraile dominico que esa orden decrepita ha podido enviar de Oaxaca, es uno de los más activos jefes del partido liberal; es el mismo que en la época de mi paso por dicha ciudad, con el Gobernador Porfirio Díaz, era el dueño absoluto de la provincia y quien dirigía a los audaces juchitecos, que hallándose una vez más en posesión de Tehuantepec, ocupaban todos los puestos públicos,...

Tal era, pues, la condición que guardaba ese infortunado país a mi llegada a Tehuantepec. La primera noche que pasé en esta ciudad fué extremadamente penosa: un calor excesivo me consumía impidiéndome cerrar los ojos, hasta que en la mañana del día siguiente, refrescada la atmósfera por el sereno (rocío) me permitió conciliar el sueño por algunos momentos. Tan luego como penetró el primer rayo de luz en mi cuarto salté de mi cama de cañas y me dispuse para efectuar mis abluciones en una fuente, situada a poca distancia, pero cuyo incesante ruido no me había bastado para adormecerme durante toda la noche.

Me dirigí tan luego como sañ de la casa hacia la plaza principal, que es muy grande, rodeada por todos sus lados con edificios de portales, pero en general sin gusto arquitectónico. La casa más notable entre esos edificios era la de Don Juan Avendaño, para quien yo llevaba una carta de introducción. No conociendo a otra persona alguna en Tehuantepec, sin ceremonias me presenté en casa de dicho señor, a pesar de que eran apenas las seis de la mañana. Hallé al señor Avendaño en una basta sala, acabando de llegar del río a donde había ido a tomar un baño, costumbre común a uno y otro sexo y a todas las clases sociales en esa ciudad. Ese señor es un comerciante zapoteca, nativo de Oaxaca, en donde su familia guarda una posición muy amplia y honorable; es un hombre de pequeña estatura y como de unos treinta a treinta y cinco años de edad, con una fisonomía franca, y de maneras corteses y afables. En Tehuantepec, en donde entonces se hallaba establecido, era considerado como uno de los más firmes sostenedores del partido liberal y de los extranjeros: era el banquero y proveedor general de los americanos, los que lo querían mucho, con todo y que sacaban de él mucho partido y que al hablar de él hacían grandes elogios.

Al presentar al señor Avendaño la carta mencionada de introducción me acogió con extrema afabilidad: me suplicó que considerara su casa como la mía propia, y uniendo el efecto con las palabras, envió desde luego a sus sirvientes por mi equipaje al Hotel "Oriental", diciéndome de un modo confidencial que dicha casa no me convenía. Creo que en esto tenía razón; lo cierto es que durante las tres semanas que tuve ocasión de gozar de su hospitalidad, fui constante objeto de las más delicadas atenciones. Tomé con él una taza de ex

celente café, y a poco me propuso que me acompañaría a hacer una visita al cura, Prior de Santo Domingo, y también al Gobernador, lo que acepté sin vacilar.

Cuando salimos me hizo atravesar la calle llamada "del Comercio", en donde se hallaba el Hotel que por su consejo acaba yo de abandonar. Adelante de ella se halla una plaza menos extensa que la otra, y en la que se encuentra el edificio de la Municipalidad, en donde como en el antiguo Palacio del Gobierno, divisé algunos soldados juchitecos, medio desnudos, de mirar insolente, cuya mayor parte formaban la guardia por la delantera del portal. El lado izquierdo de dicha plaza estaba formado por casas medio arruinadas. En la parte de su fondo y sobre una doble azotea se alza el monasterio e iglesia de Santo Domingo, cuyo altivo y macizo aspecto da más la idea de una fortaleza que de un monumento religioso. Me bastó una sola mirada para hacer recuerdo de la época y circunstancias en que fué construido, y comprender que los frailes dominicos allí, como en tantas otras localidades de las antiguas colonias españolas, al erigir esas elevadas murallas, se propusieron labrarse un asilo en contra de la insurrección frecuentemente amenazadora de sus feligreses, o víctimas, como sucedió cuando la prisión del Rey Cocijopij. Todo lo que se ofrece a la vista antes de llegar al paraje, las escaleras, los terraplenes, los muros de circunvalación de las esplanadas, todo presenta el aspecto de ruinas; la iglesia que en primer término aparece por lo alto de la azotea, se halla tan tristemente derruida en su exterior como en su interior. Su pórtico elevado, y construido de ladrillo rojo no conserva el menor adorno escultural y costaría mucho adivinar el estilo a que pertenece, si no se percibiese una culminante cúpula poco antes de llegar al absidio, sobre la masa del edificio. Un pequeño número de tragaluces proyectan la luz sobre la única nave de que éste se compone. Todo en él es triste y lúgubre; los altares colocados de trecho en trecho a lo largo de los muros, lo mismo que el altar mayor, se hallan despojados de los objetos de metal precioso que en otra época los adornaban; y ya en ellos no hay otra cosa notable que su desaseo y las grotescas imágenes de pabo que los expoliadores miraron con desprecio.

De los edificios que se elevan a la derecha de la iglesia, ya no quedan sino ruinas. El monasterio se encuentra a su

izquierda, y a él se entra por un pórtico estrecho y bajo: está construido como lo demás sin adorno alguno, ni salientes o relieves arquitectónicos y sin más ventanas que tragaluces sobresalientes, distinguiéndose de los demás edificios de Tehuantepec, en que tiene dos pisos. En su interior tiene la forma de todos los conventos: uno o varios patios cuadrangulares, rodeados de portales sobre los cuales, tanto arriba como abajo, tienen salida los salones y las celdas. Todo el edificio es abovedado; al piso segundo se sube por una escalera de ladrillo tan derruida como el resto del monasterio, que lo está más que la misma iglesia. Pero ese estado de destrucción no tiene comparación con el desaseo repugnante que por doquiera se observa en todo el edificio; es verdad que los que lo habitan hoy son los soldados en cueros que forman la guarnición. Jamás he visto yo nada tan inmundo: allí habitan esos soldados con sus concubinas, sus mujeres y sus hijos. En el momento que allí entré con el Sr. Avendaño, la mayor parte de los que no hacían de centinelas se hallaban tirados en todas las posturas posibles, gritando, aullando, o jugando sobre unos petates: en la galera que sirve de paso de la sacristía a la iglesia, ví algunos de ellos acostados con sus mujeres en una agrupación obscena, en el umbral mismo del santuario. Tuve un sentimiento de repugnancia extrema: puede formarse una idea sobre el interés con que yo visitaba ese monasterio tan horriblemente profanado: traía a mi espíritu el recuerdo del infortunado Cocijopij, su fundador; me lo figuraba arrastrado a la fuerza a esas celdas habitadas hoy por los descendientes embrutecidos de sus antiguos vasallos. Qué lección para la España de entonces si hubiera podido prever lo que yo contemplaba; Dios vengaba al último rey de Tehuantepec.

Sentía la necesidad de aliviar a mis ojos después de la contemplación de tan triste espectáculo. Al salir de allí entré con el Sr. Juan Avendaño en casa del Prior que habitaba una especie de casa provisional a un lado del convento. Este me recibió con grande afabilidad y muy corteses maneras. Fray Mauricio es un hombre de unos cuarenta a cincuenta años, y parece tener sangre indígena en sus venas. Posee una instrucción superior o la mayor parte de los sacerdotes que conocí en esa parte de México: tenía el hábito de su orden, que llevaba con propiedad. Después de algunos momentos de conversación, me condujo a casa del Gobernador, que

vivía no lejos de allí, y quien me hizo una acogida igualmente bondadosa: su aspecto y porte llamaron vivamente mi atención. Zapoteca de raza pura, presentaba el tipo indígena más hermoso que jamás había yo contemplado en mis viajes: creía tener a mi vista la imagen de Cocijopij, en su juventud, o de Guatimozí, como yo me lo figuraba. De elevada estatura, con un aspecto de notable distinción y con su noble rostro ligeramente bronceado, me parecía ver en él los signos más perfecto de la antigua aristocracia mexicana. Porfirio Díaz era entonces todavía un joven. Dedicado a sus estudios en Oaxaca, aun no había terminado su carrera, cuando al estallar la guerra civil tuvo que abrazar la de las armas, y al Sr. Juárez, de quien era personalmente conocido, debió el nombramiento de Gobernador de Tehuantepec. Después de esa entrevista, tuve ocasión de verlo casi todos los días, pues que tomaba sus alimentos; así como otros dos o tres oficiales de la guarnición en casa de mi huésped; pude por consiguiente hacer un estudio de su persona y carácter. Haciendo punto omiso de sus ideas políticas, puedo asegurar que las cualidades que un trato más íntimo me hizo reconocer en él, me confirmaron en la buena opinión que a su respecto había yo formado después de nuestra primera entrevista, y en el juicio sobre que sería de desear que todas las provincias mexicanas fuesen gobernadas por hombres de su temple.

La siguiente noticia suscrita por el Contador de glosa del Estado de Oaxaca, contiene las fechas de los distintos nombramientos civiles y militares que obtuve del Gobierno de aquel Estado, del 27 de agosto de 1855 al 6 de junio de 1859.

Nota de los datos encontrados en el archivo de la Tesorería del Estado, sobre nombramientos del Sr. D. Porfirio Díaz.

1.—SUBPREFECTO DEL PARTIDO DE IXTLAN

Fue nombrado el día 27 de agosto de 1855, por el señor Gobernador don Ignacio Martínez, quien firmó la comunicación, solo, sin Secretario. De este nombramiento tomó razón la Tesorería del Estado, el día 29 de octubre del mismo año.

2.—CAPITAN DE LA COMPAÑIA DE INFANTERIA GUARDIA NACIONAL DE IXTLAN

Fue nombrado el día 22 de diciembre de 1856, por el señor Gobernador don Benito Juárez. Se tomó razón en la Tesorería del Estado, el mismo día 22 de diciembre citado.

3.—JEFE POLITICO DE TEHUANTEPEC

Fue nombrado el día 7 de abril de 1858, por el señor Gobernador interino, D. José María Díaz Ordaz. La Tesorería tomó razón el mismo día 7 de abril citado.

4.—COMANDANTE DE BATALLON DE SU CUERPO

El día 22 de julio de 1858, fue nombrado por el señor Gobernador Constitucional D. José María Díaz Ordaz; y fue tomada razón en la Tesorería del Estado, el día 7 de agosto siguiente.

5.—TENIENTE CORONEL, DE GUARDIA NACIONAL DEL ESTADO

Fue nombrado el día 6 de julio de 1859, por el señor Gobernador interino del Estado, D. Miguel Castro. La Tesorería tomó razón de este nombramiento el día 8 del mismo julio.

Oaxaca, noviembre 3 de 1892.—Juan Rebollar.

Al ascenderme el Gobierno de Oaxaca el 22 de julio de 1858 de Capitán a Comandante de Batallón, como recompensa por la victoria de Las Jicaras, "La Democracia", periódico oficial del Estado, publicó en su número del 25 de julio de 1858 el siguiente párrafo, escrito por su redactor en jefe, el Lic. D. Bernardino Carbsjal.

ASCENSO DEL CAPITAN DIAZ A COMANDANTE DE BATALLON

Ascenso.—El valiente Capitán D. Porfirio Díaz, actual Jefe Político del Distrito de Tehuantepec, ha sido ascendido a

Comandante de Batallón. Las recomendables prendas del Sr. Díaz lo hacen acreedor al aprecio y consideración del Supremo Gobierno del Estado, que al premiar sus distinguidos servicios con dicho ascenso, ha creado un jefe que dará siempre honor a nuestra Guardia Nacional. Reciba el señor D. Porfirio Díaz nuestro cumplido parabien. ("La Democracia" de Oaxaca, tom. III, núm. 28, correspondiente al 25 de julio de 1858).

XI

TEHUANTEPEC

LOS AMATES, JALAPA, TEQUISIXTLAN, JUCHITAN,

1859

Aunque la victoria de Las Jícaras no fué enteramente decisiva, ella mejoró mucho mi situación, que sostuve por dos años, haciendo constantes salidas, las más veces de noche y por veredas que solamente eran practicables a pie, porque los caminos por donde era posible mi arribo, estaban todos vigilados y puestas avanzadas que ofrecían muy poca ambición a mis asaltos y evidentemente defendían los principales núcleos del enemigo. En estas expediciones sorprendí varias veces al enemigo haciéndole siempre mucho daño; pero esas sorpresas apenas merecen el nombre de acciones.

El 17 de junio de 1857, sorprendí al enemigo en la Mixtequilla y lo seguí persiguiendo hasta el rancho de Los Amates, en donde trató de hacerse fuerte; pero con poco esfuerzo lo derroté por completo, dejando allí algunos muertos, entre ellos su jefe, que era el Mayor Espinosa. Esta acción, aunque de poca importancia en sí, me valió el ascenso a Teniente Coronel por el Gobierno del Estado, que entiendo se debió más bien al deseo que tenía el Gobierno de Oaxaca de ascenderme, que al resultado práctico de la acción.

El 6 de septiembre del mismo año, sorprendí de nuevo al enemigo, en el pueblo de Jalapa, causándole serios destrozos; y